

Repensar la Comunidad desde La Base: aportes de una investigación situada¹

Rethinking the Community from La Base: Contributions from a situated research

María Osorio

Autor referente: dosorio@psico.edu.uy

Universidad de la República

Historia editorial

Recibido: 01/06/2015

Aceptado: 19/10/2015

RESUMEN

En este artículo reflexionamos en torno a la noción de comunidad, a partir de un proceso de investigación etnográfico. Para realizarlo habitamos durante un espacio-tiempo en el Ateneu Cooperatiu La Base, una experiencia asociativa en Barcelona. Las nociones que compartimos en este texto, surgen de la articulación de: i) la experiencia de habitar en el colectivo; ii) las diferentes posiciones por las que transita una investigadora-activista y iii) las lecturas relacionadas con el campo-tema.

De la articulación construida, surgen tres ejes de análisis que buscan poner en tensión tres nociones básicas sobre la Comunidad: la relación con el territorio (en tanto espacio geolocalizado), la identidad colectiva y

los vínculos. Proponemos tres ejes como posibilidad para la multiplicación del concepto: i) la necesidad del compartir espacio-tiempo de los cuerpos en las dinámicas colectivas, como posibilidad para los buenos encuentros; ii) el partir de la diferencia como herramienta política para la construcción de lo común; iii) la visibilización y el reconocimiento de la interdependencia identificando todas las necesidades, sobre todo las de cuidado y afecto para una vida en comunidad.

Poner en tensión la noción de la comunidad, pretende aportar a los debates que surgen en el campo social y político en la actualidad y acompaña la preocupación por la necesidad de mundos vivibles.

Palabras clave: Comunidad; Interdependencia; Política de la diferencia.

ABSTRACT

This paper discusses about the notion of community based on an ethnographic research process. For that, we live in a space-time in the Ateneu Cooperatiu La Base, an associative and collective experience in Barcelona. This text develops the notions that arise from joining i) the experience of living in the collective; ii) the different positions through which passes a research-activist and iii) the reading related with field-subject. Based on this built articulation, this paper come up three axes of analysis seeking to put in tension three basic notions of Community: the relationship with the territory (as geo-space), collective

identity and bonds. We propose three axes as a possibility for the multiplication of the concept: i) the need to share space-time of bodies in the collective dynamics in order to create good meetings; ii) the difference as a political tool for the construction of the communal; iii) the visibility and recognition of the interdependence identifying the needs, especially the care and fondness for community life. Putting in tension the notion of community, this paper seeks to contribute to the discussions that nowadays arise in the social and political field, being concerned about the need for liveable worlds.

Keywords: Community, Interdependence, Politics of difference

La noción de comunidad tiene una historia intermitente, que ha transitado por distintos momentos de visibilidad, apareciendo y desapareciendo en las reflexiones sobre el ser humano y la sociedad. Según plantea Bader Sawaia (1996), este movimiento estaría relacionado con la dimensión política del término y la confrontación entre valores colectivistas e individualistas. Los ciclos de cambio social y político se convierten en momentos cruciales para repensar y reflexionar sobre las formas de organización social.

En el último tiempo, asistimos, particularmente en el ámbito del pensamiento social y político contemporáneo, a lo que alguno/as autores/as han llamado el *revival de la comunidad* (Marinis, 2010) en referencia a la emergencia de una retórica comunitaria o comunitarista. La pregunta por la comunidad se ha convertido en una cuestión fundamental de nuestro tiempo y está estimulando una serie de debates en diversos

campos del saber (Álvaro, 2010; Marinis, 2010; Marinis, Gatti, & Irazuzta, 2010).

De difícil delimitación, su definición ha generado debate en relación a sus rasgos característicos, su vigencia en los tiempos que corren, y su utilidad como herramienta para la transformación social (Krause, 2001; Maya, 2004; Montenegro, Rodríguez, & Pujol, 2014; Montero, 2004; Rodríguez, & Montenegro, 2013; Sánchez, 1991). Sin pretender un recorrido exhaustivo de las diversas acepciones, mencionaremos las provenientes de la Psicología Social Comunitaria (en adelante PSC), nociones centrales que han sido inspiración en este artículo para reflexionar sobre el concepto.

La Comunidad dista de tener un papel claro dentro de la PSC, utilizada como una forma de diferenciación de sistemas sociales, ha sido entendida para establecer un espacio intermedio entre individuo y sociedad (Sánchez, 1991). En sus diversas acepciones se coincide en el papel relevante de los procesos de interacción y lazos comunes construidos para el establecimiento de relaciones de sostén y apoyo mutuo (Krause, 2001; Maya, 2004; Montero, 2004; Sánchez, 1991). Sobre los principales puntos de debate en relación a su uso, se discute sobre establecer la necesidad de un espacio compartido como elemento constituyente. Mariane Krause (2001) propone la pérdida de referencia del espacio geolocalizado, como un componente central de la noción de comunidad. En esta misma línea, Maritza Montero (2004) relativiza la relación con el territorio en la evolución de su definición, considerando más relevantes los elementos vinculados con el aspecto relacional y la construcción de un sentido de lo común, como elementos constitutivos de la comunidad.

Esta propuesta se refuerza con los planteos de McMillan y Chavis (1986) quienes haciendo énfasis en las relaciones y sus procesos, proponen la noción de *sentimiento de comunidad*. Por momentos superpuesta a la idea de comunidad, los autores proponen cuatro elementos centrales para la constitución de este sentimiento:

pertenencia (sentirse parte), influencia (mutua), integración y satisfacción de necesidades. En este sentido, coinciden en su mayoría con los planteos de Krause (2001) que propone como elementos mínimos de la comunidad la pertenencia, interrelación y cultura común.

El otro tema que ha sido debatido en relación al concepto, refiere a la idea de una identidad colectiva. Frente a planteos cerrados y uniformes que caracterizaron las primeras definiciones sobre comunidad, son varias las voces que apelan a la flexibilización de los límites del concepto (Montero, 2004; Sánchez, 1991; Sawaia, 1996; Wiesenfeld, 1997). Se propone el reconocimiento de la heterogeneidad que componen esa unidad, y la referencia al proceso dialéctico como componente esencial de su conformación.

Sin embargo, no solo desde la academia y los espacios disciplinares se desarrolla el concepto de comunidad, sino que está formando parte del repertorio cotidiano de significaciones en la vida cotidiana de actores sociales (Marinis et al., 2010).

Este artículo no pretende entrar en debates teóricos sobre el término. Nos proponemos, a partir de un proceso situado de investigación, discutir, repensar y aportar a las formas de significación sobre la comunidad. Acompañamos la idea de que la comunidad, más que una categoría científico-analítica, es una categoría de acción y reflexión, condicionada por el contexto social en el que se desarrolla (Sawaia, 1996). Nos enfrentamos a un contexto de crisis que produce y profundiza la hipersegmentación del campo social, con la consiguiente exclusión de vastos sectores sociales de los medios básicos de subsistencia (Pérez-Orozco, 2012). Los conceptos de desarrollo personal y autosuficiencia se manifiestan como racionalidad dominante (López-Gil, 2014). Sin embargo, también en este escenario podemos identificar modalidades colectivas que intentan ser alternativas a la racionalidad capitalista.

La investigación que realizamos y de la que forma parte este artículo, se pregunta por la constitución de experiencias socio-económicas alternativas. Nos referimos a nuevas formas de acción social que están surgiendo en las últimas décadas, con una fuerte expresión en el ámbito comunitario. Nos preguntamos por la contribución de estos colectivos en la construcción de otros modos de vida vivibles. Esta pregunta nos llevó a conocer y habitar, a partir de una aproximación etnográfica (Pujadas, 2010) en el Ateneu Cooperatiu La Base (en adelante La Base²) en Barcelona. Una experiencia que se basa y utiliza como referencia en su discurso y formas de hacer, la comunidad como ámbito de pertenencia y acción. Esta característica es la que nos ha interpelado a escribir este artículo, reflexionando desde el hacer y el habitar, sobre una noción que orienta el accionar del colectivo.

Antes de finalizar este apartado, señalaremos³ algunas coordenadas para la lectura de este texto. En primer lugar, en este trabajo no se hablará de y/o por La Base, sino que se compartirán las reflexiones e interpelaciones que surgieron del habitar durante un espacio-tiempo en la experiencia. Esta es una forma de politización de la vida cotidiana, que permite repensar las formas de vida, generando multiplicidad de saberes, dando cuenta desde el lugar y los procesos que los generan (Aguirre, 2012).

En segundo lugar, y parafraseando a la filósofa Marina Garcés (2010), la pregunta por ese nosotros en este trabajo no está orientada a generar nuevos procesos de identificación cerrados, ni categorías sociológicas determinadas. Nos abrimos a la pregunta por los vínculos, por ese *entre*, para poder constituir nuevos imaginarios mientras vamos haciendo y transformando el mundo.

En tercer lugar, y en relación al contenido del artículo, comenzaremos con una breve síntesis de los recorridos y aspectos metodológicos del trabajo, así como una breve descripción de La Base. Un segundo momento que articula las formas de nombrar del

colectivo e ilustraciones de la experiencia de investigación, que iremos conectando con los planteos sobre la Comunidad provenientes de la PSC. Tomamos las nociones de la PSC por ser nuestro campo-tema de interpelación en este texto y la disciplina en la que nos movemos. Reconocemos que el tipo de experiencia colectiva que nos interpela en este trabajo, no refiere estrictamente al tipo de “sujeto” de la tradición disciplinar. Sin embargo, lo entendemos como una oportunidad de reflexión sobre la comunidad a partir del estudio de los movimientos sociales.

Por último, y en referencia a nuestra posición, incorporamos en este trabajo la perspectiva feminista, como apuesta política de quien investiga por visibilizar y ampliar los marcos interpretativos con los que nos referimos y significamos los procesos sociales.

Sobre las formas de *habitar* los procesos de investigación.

En este trabajo, pretendemos compartir la experiencia de un proceso encarnado de investigación, orientado por la epistemología de los conocimientos situados (Haraway, 1991). Decimos encarnada porque hablamos desde la ocupación de un lugar, desplegando unas formas de ver, “la visión desde un cuerpo complejo, contradictorio, estructurante y estructurado, contra la visión desde arriba, desde ninguna parte, desde la simpleza” (Haraway, 1991, p. 335).

La propuesta de investigar habitando durante un año y medio en una experiencia colectiva, nos permitió un espacio-tiempo de articulación, de encuentros/desencuentros; una oportunidad para compartir espacios en los cuales debatir sobre nuestras formas de nombrar y significar, así como de producir conjuntamente. Plantear el conocimiento desde conversaciones, y no desde la lógica del “descubrimiento”, no obvia que estos procesos son relaciones cargadas de poder (Callén et al., 2007; Haraway, 1991), pero

apostamos por establecer conexiones parciales que nos permitan una visión más amplia, estando en un sitio en particular. Esto genera un sentido de relación en la que el sujeto cognoscente se suma en el proceso de interpretar los sentidos del mundo, por lo tanto la separación sujeto/objeto se vuelve borrosa (Adán, 2006).

Sin embargo, este no es un proceso de co-investigación; es decir, no parte del deseo o las necesidades del colectivo en cuestión. Ha sido una invitación de quienes investigamos a participar de un proceso colectivo, que permitió la modificación de posiciones iniciales de quienes participamos, como oportunidad para la producción de conocimiento. En este sentido, se ha generado la posibilidad de identificar la “actividad significada” (Callén et al., 2007) en relación a las aproximaciones etnográficas. Nos referimos a prácticas solo comprensibles en sus contextos de emergencia y relevantes a los sentidos en ellas construidas y, por otro lado, a los significados materialmente impresos en las acciones y objetos presentes en estos espacios.

Destacamos así el aspecto relacional del conocimiento, un proceso de relación constituyente entre persona conocedora y conocida, redefiniendo al sujeto cognoscente en su dimensión social, corporal, material. Además de las conversaciones en los espacios informales, charlas, debates, comidas, hemos establecido espacios formales en los que compartir las formas de nombrar y el enfoque de la investigación. Nos referimos al taller que generamos para debatir las ideas centrales de la investigación luego de siete meses de participar en el colectivo, así como a la producción conjunta de un *texto colaborativo* a partir de las ideas que surgieron del taller. Con estas instancias no pretendimos buscar una voz representativa del colectivo, ni homogeneizar en un relato los procesos y experiencias vividas allí. Entendemos estos últimos como espacios de enunciación que permiten expresar y articular posiciones, así como poner en común relatos y comprensiones.

En el proceso de compartir el espacio-tiempo, se fueron construyendo vínculos de confianza, afecto, encuentros y desencuentros. Por momentos más o menos visibles en el rol de la investigación, se produjo el cambio de posición a formar parte del colectivo, como activista. Nos posicionamos en estas formas de intervenir más cercanas, sucias, en la frontera (activista-investigadora), interpelada/os por la necesidad de profundas transformaciones sociales. Tampoco creemos estar “dando voz” a las participantes, sino articulando formas de nombrar y construir la experiencia. Estas últimas son herramientas para la producción de conocimiento, que pueden ser amplificadas en espacios privilegiados de enunciación, como el académico.

Durante el recorrido del artículo aparecerán fragmentos del proceso de la investigación: textos de la web del colectivo, texto colaborativo producido conjuntamente y entrevistas. No hablamos de datos, sino que los consideramos comprensiones teórico-empírico situadas (Callén et al., 2007), que serán articuladas con otros materiales de la investigación (fragmentos del diario de campo) y lecturas académicas que consideramos con el mismo valor y peso epistemológico. Este proceso de conexiones parciales que se ha dado durante el proceso de investigación, sufre en este texto una serie de reordenamientos, a modo de traducción para ser compartido en este ámbito de diálogo académico.

La Base...

El Ateneu Cooperativo La Base se encuentra ubicado en el Barrio de Poble Sec, en Barcelona. Es un proyecto colectivo mixto que surgió como idea en el 2011 con el objetivo de construir en el barrio una forma alternativa de hacer, basada en los principios de cooperación y ayuda mutua. Se constituyó a partir de la puesta en común de esfuerzos, trabajo, afectos y ahorros (a partir de la constitución de un fondo común),

con la idea de construir y defender espacios autogestionados en el barrio. El encuentro de una diversidad muy *heterogénea* de procedencias, pensamientos y recorridos ha sido una de las características centrales que nos llevaron a elegir habitar en este espacio.

Funcionan allí varios proyectos: un comedor popular y catering ecológico, un bar-espacio de encuentro, una cooperativa de consumo, un ateneu de oficios, una aula de estudio para adolescentes, así como también una biblioteca popular y un grupo de crianza compartida (Babalia: grupo de padres y madres que se autogestionan para cuidar a sus hijos pequeños). Asimismo, funciona como un espacio de encuentro para diversos colectivos afines que lo solicitan. En la actualidad, se encuentra compuesto por 150 personas socias, con diversos grados de implicación en el colectivo. En la experiencia se congregan diferentes orientaciones organizativas y políticas, así como vecinos y vecinas del barrio sin ningún grupo que les identifique. El espacio se organiza a partir de comisiones y grupos de trabajo, asambleas generales y grupos de gestión.

Los principios que orientan su acción son: i) Autonomía, como la capacidad de determinar directamente la forma de actuar en el mundo; ii) Comunidad, definida por la cualidad de las relaciones que allí se practican y construida localmente; iii) Equidad, cada uno/a en función de sus posibilidades y cada uno/a según sus necesidades; iv) Solidaridad, basada en el soporte mutuo y la responsabilidad compartida; v) Permacultura, acompañar el ritmo natural del medio, estableciendo formas armónicas con la naturaleza.

La propuesta acordada para la investigación era la posibilidad de habitar durante unos meses en las actividades y reuniones que se desarrollaran. Cuando comenzamos todavía no se había inaugurado, y se encontraba en obras para terminar de acomodar el espacio. Durante este tiempo compartimos mucho tiempo de trabajos de obra,

asambleas, reuniones de grupos de trabajo, inauguración del espacio, asamblea de socios y socias y espacios de trabajo con otros colectivos (Asamblea del Barrio, Mercado de intercambio, Organización Jornadas de Cooperativismo). La propuesta también incluía realizar algunas entrevistas y organizar un espacio de discusión colectiva de los ejes de análisis que surgieran en el proceso de la investigación (taller), así como la producción conjunta de un texto colaborativo. Este proceso significó un compromiso que se ha profundizado en este tiempo, así como el vínculo de ser socia en la actualidad.

Construyendo y debatiendo sobre comunidad desde La Base.

La experiencia de investigación en La Base ha sido una fuente inspiradora para articular y exponer modos de significación sobre la comunidad, tanto en relación con su espacio de acción, como por las formas de nombrarse. Para empezar partimos de la definición que desde La Base utilizamos para referirnos a ese nosotros comunitario:

Una comunitat es defineix per la qualitat de les relacions que s'hi practiquen. Les comunitats poden tendir cap a la depressió, l'ansietat i les conductes addictives (com el capitalisme actual), o cap a l'alegria, la franquesa i la potència comuna de fer i de pensar. Nosaltres lluitem per aquesta última, i per crear-la fruit dels llaços de solidaritat, de suport mutu i sobretot d'amistat i de confiança que sapiguem construir. Una comunitat contra la desconfiança i la por, per tant, oberta a l'altre, hospitalària. Volem construir aquesta comunitat localment, al barri, allà on vivim, en aquest sentit entenem el territori. (Definición de Comunidad extraída de la web de la Base)⁴

Comenzamos con esta definición porque resalta tres ideas sobre la comunidad que queremos desarrollar en estas reflexiones y que vamos a ir articulando en el texto a

partir de tres ejes. Nos referimos a ideas básicas como la relación con el territorio, la identidad colectiva y los vínculos que se establecen entre sus integrantes. Trabajaremos estas ideas en tres ejes, en primer lugar, nos vamos a referir al territorio y a la noción de un espacio-tiempo compartido. A continuación, hablaremos de las formas de identificación y las políticas de la diferencia. Y, por último, nos referiremos a las relaciones que se construyen en una comunidad, visibilizando las relaciones de interdependencia que sostienen un colectivo.

Eje 1: Del territorio a la construcción de compartir espacio-tiempo de los cuerpos.

Encontramos en La Base discursos que plantean la vuelta al territorio, en particular la referencia al Barrio como espacio de resistencia y de construcción de la vida cotidiana. Uno de los objetivos del colectivo se expresa de esta manera: “Fortalecer los lazos entre el vecindario y crear y potenciar comunidad en el barrio.” (Extraído de la Web de la Base, 2015)

Sin embargo somos conscientes de partir de heterogéneas composiciones, el barrio o los barrios que se encuentran dentro de la metrópolis son puntos de partida diversos a considerar en la actualidad. En el contexto en el que nos movemos, la diversidad de culturas y procedencias de origen marcan dificultades para la aproximación. Este es un efecto de las sociedades globalizadas que, como plantea Sawaia (1996), tensionan el concepto de comunidad, haciendo referencia a la alteridad, las nuevas identidades, la segregación y las redes sociales.

En el espacio urbano – contexto en el que nos movemos en esta investigación – se cuestiona la función integradora del barrio, el cual ha dejado de ser el espacio mediador entre el universo privado y el mundo público de la ciudad (Montenegro et al., 2014). Esta situación está vinculada a los procesos de fragmentación y segregación

residencial que se producen en las ciudades, afectando las relaciones interpersonales y la construcción colectiva a nivel local (Montenegro et al., 2014)

También destacan en las grandes urbes, la construcción de:

espacios de no-lugar (avenidas comerciales, establecimientos de comida rápida, hoteles, centros comerciales, etc.), espacios de tránsito que han perdido todo contacto con la historia social y económica de la geografía que ocupan, donde el sujeto que lo transita se disocia del entramado geográfico que habita. (Montenegro et al., 2014, p. 35)

Para combatir el anonimato de los espacios vitales, y volver a ocupar el espacio público, desde la Base se visualiza la necesidad de acciones que permitan acercar y compartir con las personas que residen en el barrio. Actividades como las comidas populares en la calle o la participación en el Mercado de Intercambio, se convierten en pequeñas acciones que poco a poco van permitiendo apropiarse de lo próximo y acercarse a personas que no participan en el colectivo.

También podía verse la participación de unas mujeres de origen musulmán, que tenían un espacio también en el mercado, esto sumado a las que venían a participar e intercambiar. Como me había comentado X, este espacio ha sido uno de los pocos puntos de conexión que han tenido con esta población del barrio, en parte también porque entiende que son parte de prácticas de intercambio también desarrolladas en sus comunidades. (Registro de diario de campo, 20 octubre 2013)

Estos espacios podrían hacer referencia a la idea de los *eventos en la comunidad* a los que apuntan Montenegro y otros (2014). Se refieren a espacios acotados en el tiempo que permiten articular las epistemologías de la diferencia, a partir de acciones comunes que no supongan la renuncia a ciertos elementos diferenciales que se encuentren

implicados.

Sin embargo, la Base también se construye en la búsqueda de un espacio común, sostenido en el tiempo. El objetivo del encuentro es la posibilidad de salir del aislamiento en el que nos encontramos sometidos dentro del sistema capitalista, que no sólo privatiza materialidades, sino afectos y vitalidades.

Davant d'aquestes dinàmiques, som moltes les persones que apostem per trobar-nos, compartir i construir juntes noves maneres de ser, de fer i de relacionar-nos. Volem compartir les nostres vides, sentint-nos part d'una comunitat humana que recolzem i que ens recolza; volem pensar i relacionar-nos lliurement, escollint allò que volem realitzar i responsabilitzant-nos de les nostres decisions. Volem, en definitiva, una vida comuna, una vida plena i viscuda lliurement. (Texto presentación de La Base en la Web)⁵

Los espacios-tiempos compartidos, el encuentro cara a cara, aunque hoy no definen a la comunidad, son una posibilidad para la construcción de relaciones. Una oportunidad, en palabras de Sawaia (1996), para los *buenos encuentros*, en tanto nos permiten el reconocimiento del Otro, pero partiendo del reconocimiento de las diferencias. En ese espacio-tiempo compartido, nos permitimos comprender qué es lo que le pasa, qué nos pasa a nosotros y nosotras con otras personas en el hacer (Berrault, 2007). Para que se produzcan estos buenos encuentros, necesitamos del reconocimiento de las diferencias, de sabernos constituida/os por una amalgama heterogénea de pensamientos, sentires y haceres en común (Barrault, 2007). Cómo potenciar estos encuentros diversos y convertirlos en una herramienta para la transformación nos introduce el segundo eje de reflexión.

Eje 2: De la identidad común a la política de las diferencias.

La idea de *espacio en construcción* ha sido otra de las características centrales del proceso que hemos vivido en La Base; en el sentido más literal del término en los primeros seis meses de obra y luego de la inauguración hasta la actualidad en la puesta en marcha del espacio.

En un principio, la acción común estaba orientada a la construcción del ateneo. Compartir el trabajo de obras trajo sus dificultades en relación a los distintos perfiles y orientaciones (tipo de materiales a utilizar, las dinámicas de trabajo, el reparto de tareas, etc.), que nos enriquecieron en el debate y nos enfrentaron al conflicto.

El tema de materiales eco-sostenible se hace cada vez más evidente en las discusiones, pero no parece haber un consenso sobre el tema. En un momento se plantea que es más el interés de un grupo particular, que pretende este objetivo, no aparece como una prioridad para toda/os. Se define entonces en relación a este tema tener toda la información disponible, y convocar a una asamblea extraordinaria que decida. (Registro del diario de campo, 15 octubre 2013)

Los objetivos del ateneo en ese momento no estaban relacionados con grandes consignas, sino que se orientaban a la resolución de situaciones concretas en la construcción del espacio compartido. El momento cambió con la inauguración y con el espacio abierto. Las dinámicas del colectivo se empezaron a centrar en la gestión del espacio, y en poner en funcionamiento cada proyecto. Otra gran etapa de aprendizajes compartidos y decisiones colectivas a tomar en la que surgen nuevas preguntas: “¿De qué manera construir una trinchera colectiva? Esta pregunta forma parte de una de las ideas centrales trabajadas en relación a la actualidad, ¿Cómo lograr en un grupo tan heterogéneo poder conseguir la construcción de algunos frentes comunes?” (Texto colaborativo, mayo 2014) . Estas dudas conectan con uno de los dilemas en relación a

la noción de comunidad en referencia al nosotros: ¿Cómo construir una identidad compartida desde la diversidad? ¿Desde qué parámetros identitarios concebimos la comunidad?.

El cuestionamiento de una identidad común, a partir de la idea de un sujeto homogéneo e idealizado, ha ocupado buena parte de los debates de la PSC (Montero, 2004; Rodríguez, & Montenegro, 2013; Sawaia, 1996, 1999). Esa tensión ha llevado a poner la mirada sobre los movimientos sociales y formas de acción colectiva, que permitieran la redefinición de sus orientaciones (Rodríguez, & Montenegro, 2013). Concebir la identidad de manera amplia, móvil, abierta y en proceso, forma parte de las nuevas reflexiones.

Las orientaciones teóricas y los posicionamientos a nivel de la acción social se expresan cada vez más desde procesos abiertos, en construcción, que eviten hablar desde una afuera y un adentro (Ghon, 1997; Ibarra, 2000). Ya no se juntan los iguales o, por lo menos, no articulados bajo grandes consignas e ideales hegemónicos. En La Base confluyen muchas orientaciones políticas y grupos de base organizada, pero el espacio ha querido mantenerse independiente de cualquier identidad política marcada. El uso de una estética iconográfica⁶ marcada por la idea de “en construcción”, es una expresión de este constante movimiento. Sin embargo, las diferencias entre una identidad abierta al cambio y el proceso en construcción, comienzan a tensarse al intentar construir un discurso compartido. En este sentido, lo común puede verse, según plantea López-Gil (2014), de dos formas: como la suma de pequeñas realidades que intentan construir una nueva unidad, con el riesgo de cerrarse en sí misma; o como proceso que se abre al contacto y a la posibilidad de ser afectadas, un común que no puede ser clausurado.

Cómo transitar en el equilibrio entre el reconocimiento de las diferencias y la construcción de un imaginario común para el cambio, son un desafío que identificamos como colectivo en este momento. Se abre una posibilidad de descolocación de las lógicas hegemónicas (Barrault, 2007) que nos permiten salir de manera temporal de los marcos dominantes, a modo de suspensión para habitar esos márgenes. Pensar desde lo múltiple, lo diferente, desde el acontecimiento, pero también en relación al estado de la situación y su contexto, como herramientas para desprenderse de la idea de comunidad, como unidades homogéneas (Sawaia, 1996).

Així que diem Ateneu cooperatiu perquè abans que res ens hem unit les diferents, les que potser no compartim encara una idea sobre com fer la revolució, les que a voltes ens sentim perdudes davant l'ensordidor soroll de la metròpolis malaltissa, les que no tenim nom, les que ens mantenim escèptiques davant solucions totals i miraculoses, les que encara estem aprenent a ser comunitat. Tot i això, en la diferència, ens reconeixem i cooperem. (Fragmento del texto leído en la inauguración de la Base, enero 2014)⁷

Cuando planteamos la idea de la política de las diferencias, hacemos hincapié en que el reconocimiento de la diferencia como base del encuentro, se convierte en una herramienta para el cambio. Poner en el centro la articulación desde las diferencias requiere, en palabras de López-Gil (2014),

por una parte, una política de la escucha, la atención y el aprendizaje que permita descubrir lo que hay de común en la experiencia cotidiana. Aquellos

lazos, más o menos elaborados, que compartimos, querámoslo o no, con otros por el hecho de existir, dada nuestra condición de vulnerabilidad. Por otra, una política imaginativa que no se quede en lo que hay, sino que genere otros sentidos en el interior de las relaciones sociales. (p.50)

Esta política de la diferencia, que se construye habitando en los espacios de confluencia, parte del reconocimiento de nuestras diferentes posiciones. Las diferencias no son siempre tan visibles, por lo que tenemos que trabajar en su reconocimiento y acciones para el cambio. Reconocer las distintas necesidades que sostienen nuestros colectivos, cómo condicionan nuestra formas de estar en los espacios compartidos, y cómo hacemos para que se conviertan en espacios habitables, son la motivación del último eje.

Eje 3: Interdependencia y política de los afectos en la construcción de lo común.

En este sentido se visualizan como dos líneas de trabajo, por un lado dotarse de las condiciones materiales para sostener la existencia, por otro visibilizar y trabajar para construir esos lazos de confianza y apoyo mutuo. También para pensar en ese sentido otras formas de organización social que no sea la familia tradicional. Podemos pensar en la idea de familias ampliadas, romper la segregación e individualización que se produce entre el espacio productivo-reproductivo. (Texto colaborativo, mayo 2014)

En este último punto pretendemos hablar de La Base como ese espacio de vitalidad compartida, que permite establecer una continuidad entre los ámbitos productivos y reproductivos. La revalorización de prácticas y saberes particularmente vinculados a la esfera reproductiva, han sido una de las propuestas más fuertes del pensamiento y

acción feminista. Dando un paso más allá, surgen planteos (Carrasco, 2001; Pérez-Orozco, 2012) que apuestan por la superación de estos ejes dicotómicos de análisis, proponiendo la reorganización vital a partir de poner la vida en el centro. Para ello se propone el reconocimiento y visibilización de la interdependencia como herramienta en la construcción de lo común.

Con interdependencia nos referimos en particular a los planteos de Butler (2010), al reconocimiento de la precariedad que condiciona nuestra existencia y que vincula nuestra condición a la presencia de otras (humanas y no-humanas) durante el proceso vital. Su planteo no se propone la construcción de posturas esencialistas, sino que pretende amplificar los marcos de referencia sobre los procesos de interrelación que nos sostienen. De lo que se trata no es de la “vida como tal”, sino acerca de las condiciones de vida, la vida como algo que exige condiciones para llegar a ser una vida “vivable” (Butler, 2010).

La teoría de la autosuficiencia que se imprime en estos tiempos, se sostiene imponiendo un ideal de independencia que, como menciona López-Gil (2014), se basa en tres cosas:

La primera es que la conciencia se basta a sí misma para ser y conocerse (autonomía del yo). La segunda, que la vida es un proyecto individual que nada tiene que ver con la experiencia colectiva (privatización de la existencia). Por último, que no necesitamos a nadie que nos cuide (autosuficiencia en el cuidado). (p. 51)

Ampliar los marcos interpretativos sobre las diversas dependencias, permite visualizar y reconocer todas aquellas actividades y necesidades, afectos y materialidades que hacen posible la existencia. El reconocimiento de nuestras fragilidades y la necesidad de vínculos de sostén, ponen en el centro la vida en común como una necesidad de

primer orden, así como herramienta para el cambio (López-Gil, 2014).

En un contexto social en el que la noción de comunidad está ligada fuertemente a los procesos de diferenciación y subalternidad, y dónde la comunidad es vista como signo de debilidad frente a la lógica de la autosuficiencia (Rodríguez, & Montenegro, 2013), se apuesta por trastocar los valores subvirtiendo la debilidad en fortaleza y potencia para el cambio.

El reconocimiento de nuestros límites también es una oportunidad para darle un lugar a las tareas que sostienen nuestra cotidianidad y han sido históricamente relegadas al ámbito privado de lo doméstico y asumido en su mayoría por mujeres. La preocupación pasa por cómo gestionar el cuidado de los niños y niñas pequeños en las asambleas, el reparto de las tareas de preparación y gestión de las comidas en los tiempos de obra, o ¿quién limpia los baños en la Base?.

El tema de la participación de las mujeres en la obra, sobre todo aquellas que tienen responsabilidades con niños y como concilian con el trabajo en la casa no es un tema que se discuta colectivamente, incluso cuando se debate acerca de la falta de participación de alguna/os socia/os. En particular es el caso de las que participan en Babalia, en más de una oportunidad han mencionado las dificultades que tienen para participar. (Registro del diario de campo, viernes 13 de diciembre 2013)

Algunas de las preguntas y temas que mencionamos antes, fueron parte de las discusiones en los espacios de debate, origen de malestares y posibilidades para la gestión de pequeños cambios en las dinámicas del colectivo. Por ejemplo, en las últimas asambleas se viene gestionando un grupo de crianza para que padres y madres participen en las asambleas. Sin embargo, queda mucho trabajo y camino por recorrer, lo que ha generado la conformación de un grupo no mixto de mujeres, lesbianas y trans

de la Base, con el objetivo de profundizar el debate y la mirada feminista en el colectivo. Entender la centralidad de las apuestas colectivas, orientadas a construir una cotidianidad vital, requiere de la articulación de posiciones para no reproducir aquello que queremos modificar. En este sentido, proponemos recordar la apuesta feminista por la visibilización, en un sentido amplio, de los cuidados y la importancia de los soportes afectivos (Precarias a la deriva, 2004). No para que esta tarea sea nuevamente asumida por mujeres, sino para que se instale en el discurso social y político su dimensión más invisible.

Las formas de afectividad que se construyen en el contacto de los cuerpos, en un hacer común, se vuelve presente en el contacto y en los discursos de esta experiencia.

Si bien se reconocen dificultades, una de las valoraciones más compartidas es el proceso de aprendizaje y la construcción de vínculos de confianza y cariño como elementos que sostienen en muchos grados la participación. Marca una diferencia especial en el relacionamiento de quienes compartieron momentos de obra, charlas, almuerzos. (Texto colaborativo, mayo 2013)

La apuesta feminista por la politización de los afectos remite a la visibilización del papel que adquieren los mismos en los procesos de transformación social (Gandarias, & Pujol, 2013). Acostumbrados y acostumbradas a la racionalización de la política y su estrabismo androcéntrico, poner en el centro los afectos se vuelve una cuestión revolucionaria. Hablar de afectos, reconocerlos y visibilizarlos, no busca retornar a planteos esencialistas o románticos. La dimensión afectiva pone en juego también nuestros deseos y miedos, sostiene nuestra presencia, así como nuestra distancia o alejamiento de los espacios colectivos. Reconocer el papel que ocupan y generar visibilidad sobre sus efectos, serían parte de la apuesta política para el cambio.

Consideraciones finales

A partir de este trabajo, intentamos conectar desde un proceso encarnado de investigación, algunas reflexiones para poner en tensión la noción de Comunidad. Los debates y aportes que surgen de este trabajo los entendemos como una contribución en la construcción de herramientas útiles para la transformación social (Krause, 2001). Compartimos los planteos de Sawaia (1999) y mantenemos distancia de visiones maniqueístas que plantean la presencia de espacios como buenos o malos, liberadores o aprisionadores. Nuestra propuesta en este artículo evita análisis dicotómicos en este sentido, para abrirse a la multidimensionalidad de los conceptos y reflexiones. A partir de las articulaciones, quisiéramos cerrar con tres ideas que puedan orientar a futuras reflexiones sobre la comunidad.

En primer lugar la necesidad del compartir espacio-tiempo de los cuerpos en las dinámicas colectivas, como posibilidad para los buenos encuentros. Más que resignar este elemento en la definición de la comunidad, quizás sea necesario analizarlo en el contexto de expresión, identificando los efectos en la vida de las comunidades que se aborden. Sobre todo considerando los procesos de fragmentación que vivimos en las sociedades contemporáneas, donde la ocupación de un espacio compartido se puede constituir como elemento fundamental en su constitución y resistencia al aislamiento.

En segundo lugar, partir de la diferencia como herramienta política para la construcción de lo común. Ante propuestas identitarias cerradas y segregacionistas, la apertura y el reconocimiento de la diferencia se convierten en un acto ético para la conformación de comunidades abiertas al encuentro. En este sentido, la mirada a los procesos de acción social y sus construcciones identitarias abiertas, se convierten en una orientación para pensar la comunidad en este sentido.

Por último, destacamos el aporte que el pensamiento feminista puede ejercer en estas

reflexiones sobre la comunidad. La necesidad de visibilizar y reconocer la interdependencia identificando todas las necesidades, sobre todo las de cuidado y afecto para la construcción de una vida en comunidad. No sólo por el lugar que ocupan a nivel de la vida de las personas, sino por las relaciones de poder que se pueden perpetuar o subvertir entre las personas que lo componen. Y por otro lado, en el reconocimiento de los efectos políticos que adquieren los afectos en la constitución y mantenimiento de las comunidades.

Con este trabajo no buscamos ni la idealización del concepto, ni de la experiencia concreta con la que articulamos, pero sí apostamos por transformar la concepción del nosotros, parafraseando a la filósofa Marina Garcés (2014)

Más allá de la dualidad unión/separación, los cuerpos se continúan. No sólo porque se reproducen, sino porque son finitos. Donde no llega mi mano, llega la de otro. Lo que no sabe mi cerebro, lo sabe el del otro. Lo que no veo a mi espalda alguien lo percibe desde otro ángulo. La finitud como condición no de la separación sino de la continuación es la base para otra concepción del nosotros, basada en la alianza y la solidaridad de los cuerpos singulares, sus lenguajes y sus mentes. (p. 30)

Queda para otra reflexión (o artículo), el significado de investigar habitando, las posibilidades y límites de las articulaciones. Es decir, en qué medida los recorridos que realizamos en este tipo de investigaciones nos permiten la constitución de comunidades científicas, que se constituyen más allá de la academia, en sus márgenes.

Referencias

- Adán, C. (2006). *Feminismo y conocimiento*. Coruña: Espiral Maior.
- Aguirre, A. (2012). *Figuras performativas de la acción colectiva*. (Tesis doctoral). Facultad de Psicología, Universidad Autónoma de Barcelona, España. Recuperado de <http://www.tdx.cat/bitstream/handle/10803/97343/acac1de1.pdf?sequence=1>
- Álvaro, D. (2010). Los conceptos de “comunidad” y “sociedad” de Ferdinand Tönnies. *Papeles del CEIC*, 1(52), 1-24. Recuperado de: <http://www.identidadcolectiva.es/pdf/52.pdf>
- Barrault, O. (2007). Los espacios de encuentro en la psicología comunitaria y sus implicaciones en la subjetividad. *Revista de Ciencias Humanas*, 37, 155-167.
- Butler, J. (2010). *Marcos de guerra: Las vidas lloradas*. Madrid: Paidós.
- Callén, B., Balasch, M., Guarderas, P., Gutierrez, P., León, A., Montenegro, M., ... Pujol, J. (2007). Riereta.net: Apuntes epistemo-políticos desde una etnografía tecnoactivista [41 párrafos]. *Forum Qualitative Sozialforschung / Forum: Qualitative Social Research*, 8(3). Recuperado de <http://nbn-resolving.de/urn:nbn:de:0114-fqs070317>
- Carrasco, C. (2001). La sostenibilidad de la vida humana: ¿Un asunto de Mujeres? *Mientras tanto*, 81, 43-70.
- Gandarias, I., & Pujol, J. (2013). De las otras al no(s)otras: Encuentros, tensiones y retos en el tejido de articulaciones entre colectivos de mujeres migradas y feministas locales en el País Vasco. *Encrucijadas*, 5, 77-91. Recuperado de <http://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/4492684.pdf>
- Garcés, M. (2013). *Un mundo en Común*. Barcelona: Bellaterra.
- Garcés, M. (2014). *Común (Sin ismo)*. Barcelona: Pensaré Cartoneras.
- Ghon, M. (1997). *Teoria dos movimentos sociais. Paradigmas clássicos y contemporâneos*. Brasil: Loyolo.
- Haraway, D. (1991). *Ciencia, ciborgs y mujeres: La reinención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.
- Ibarra, P. (2000). Los estudios sobre los movimientos sociales: Estado de la cuestión. *Revista Española de Ciencia Política*, 2, 271-290. Recuperado de <http://recyt.fecyt.es/index.php/recp/article/view/37302/20820>

- Krause, M. (2001). Hacia una redefinición del concepto de comunidad. Cuatro ejes para un análisis crítico y una propuesta. *Revista de Psicología*, 10(2), 49-60.
- López-Gil, S. (2014). Debates en la teoría feminista contemporánea: Sujeto, ética y vida común. *Quaderns de Psicologia*, 16(1), 45-53. Recuperado de <http://dx.doi.org/10.5565/rev/qpsicologia.1224>
- Marinis, P. (2010). Comunidad: Derivas de un concepto a través de la historia de la teoría sociológica. *Papeles del CEIC*, 1, 1-13. Recuperado de <http://www.identidadcolectiva.es/pdf/intro.pdf>
- Marinis, P., Gatti, G., & Irazuzta, I. (2010). *La comunidad: entre el resurgimiento de "lo viejo" y la emergencia de "lo nuevo"*. En P. Marinis et al. (Ed.), *La comunidad como pretexto: Las ciencias sociales ante la reactivación comunitaria de la vida social*. Barcelona: Antrhupos.
- McMillan, D., & Chavis, D. (1986). Sense of community: a definition and theory. *Journal of Community Psychology*, 14, 6-23.
- Montenegro, M., Rodríguez, A., & Pujol, J. (2014). La Psicología Social Comunitaria ante los cambios en la sociedad contemporánea: De la reificación de lo común a la articulación de las diferencias. *Psicoperspectivas*, 13(2), 32-43. Recuperado de <http://www.psicoperspectivas.cl/index.php/psicoperspectivas/article/viewFile/433/321>
- Montero, M. (2004). *Introducción a la psicología comunitaria: Desarrollo, conceptos y procesos*. Buenos Aires: Paidós.
- Pérez-Orozco, A. (2012). De vidas vivibles y producción imposible. En N. Church, A. Guillamón, E. Gudynas, Y. Herrero, M. Mediavilla, A. Orozco, ... V. Toledo (Eds.) *No dejes el futuro en sus manos: Solidaridad internacional ante la crisis del capitalismo global* (pp. 65-93). Barcelona: Entrepueblos.
- Precarias a la deriva. (2004). *A la deriva por los circuitos de la precariedad femenina*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Pujadas, J. (2010). Los estudios de caso en profundidad. En J. Pujadas (Coord.), *Etnografía* (pp. 195-204). Barcelona: UOC.
- Rodríguez, A., & Montenegro, M. (2013). *Retos contemporáneos para la Psicología Comunitaria: Reflexiones en torno a la noción de comunidad*. Ponencia presentada en el 34º Congreso de la Sociedad Interamericana de Psicología,

Brasilia, Brasil.

- Sawaia, B. (1996). Comunidade: A apropriação científica de um conceito tão antigo quanto a humanidade. En R. de Freitas Campos (Org.), *Psicologia Social Comunitária: Da solidariedade à autonomia* (pp. 35-53). Petropolis: Vozes.
- Sawaia, B. (1999). Comunidade como ética e estética da existencia: Uma reflexão mediada pelo conceito de identidade. *Psyche*, 8(1), 19-25.
- Wiesenfeld, E. (1997). Lejos del equilibrio: comunidad, diversidad y complejidad. En E. Wiesenfeld (Ed.), *El horizonte de la transformación: Acción y reflexión desde la psicología social comunitaria* (pp 7-22). Caracas: AVEPSO.

Formato de citación

- Osorio, M. (2015). Repensar la Comunidad desde La Base: aportes de una investigación situada. *Psicología, Conocimiento y Sociedad*, 5(2), 130-155.
- Disponible en: <http://revista.psico.edu.uy/>
-

Notas

1 Este trabajo forma parte de mi tesis doctoral en el Doctorado en Psicología Social del Departamento de Psicología Social en la UAB. El artículo no hubiera sido posible sin las discusiones, intercambios y encuentros en los grupos: Fractalidades en Investigación Crítica (FIC) y Políticas de Cuidado y Trabajo de la UAB. También a la participación e intercambio con compañeras del Programa de Psicología Social Comunitaria de la Facultad de Psicología de Uruguay (UDELAR). A mis compañeras y amigas, Karina Fulladosa e Itziar Gandarias por ser fuente de inspiración, encuentro y acompañamiento en este camino. Agradecer a mis tutoras Mamen Peñaranda y Marisela Montenegro por la lectura, comentarios y aportes. Y por último y muy especialmente Ana Isabel Garay por su compañía siempre presente. La investigación que da origen a los resultados presentados en la presente publicación recibió fondos de la Agencia Nacional de Investigación e Innovación bajo el código POS_EXT_2014_1_106075

2 <http://www.labase.info/>

3 Utilizamos en este trabajo la primera persona del plural, para reconocer la pluralidad de voces que han compuesto este texto, por nuestro rol como investigadora-activista, si bien existe una autoría en la composición del artículo. También y desde una posición política utilizaremos el lenguaje inclusivo, para dar visibilidad a todas las voces.

4 Una comunidad se define por la calidad de las relaciones que se practican. Las comunidades pueden tender hacia la depresión, la ansiedad y las conductas adictivas (como el capitalismo actual), o hacia la alegría, la franqueza y la potencia común de hacer y de pensar. Nosotros luchamos por esta última, y para crearla fruto de los lazos de solidaridad, de apoyo mutuo y sobre todo de amistad y de confianza que sepamos construir. Una comunidad contra la desconfianza y el miedo, por tanto, abierta al otro, hospitalaria. Queremos construir esta comunidad localmente, en el barrio, allí donde vivimos, en este sentido entendemos el territorio. (Traducción propia)

5 Frente a estas dinámicas, somos muchas las personas que apostamos por encontrarnos, compartir y construir juntas nuevas maneras de ser, de hacer y de relacionarnos. Queremos compartir nuestras vidas, sintiéndonos parte de una comunidad humana que apoyamos y que nos apoya; queremos pensar y relacionarnos libremente, escogiendo lo que queremos realizar y responsabilizándonos de nuestras decisiones. Queremos, en definitiva, una vida común, una vida plena y vivida libremente. (Traducción propia)

6 Ver <http://www.labase.info/>

7 Así que decimos Ateneo cooperativo porque ante todo nos hemos unido las diferentes, las que quizás no compartimos todavía una idea sobre cómo hacer la revolución, las que a veces nos sentimos perdidas ante el ensordecedor ruido de la metrópolis enfermiza, las que no tenemos nombre, las que nos mantenemos escépticas ante soluciones totales y milagrosas, las que todavía estamos aprendiendo a ser comunidad. Sin embargo, en la diferencia, nos reconocemos y cooperamos.